

# Lejos-de-aquí

L. SILLENS

En los manuscritos de Kafka publicados después de su muerte; primero, parcialmente, por Max Brod; después, de forma más rigurosa, en algunas de las ediciones de sus obras completas, hay un pequeño fragmento narrativo que dice así:

“Ordené traer mi caballo del establo. El criado no me entendió. Fui yo mismo al establo, ensillé el caballo y me monté en él. Oí una trompeta a lo lejos, pregunté al criado por su significado. No sabía nada ni había oído nada. Me detuvo en el portón y preguntó: ‘¿Adónde cabalgas, señor?’. ‘No lo sé’, dije, ‘lejos de aquí, lejos de aquí. Siempre lejos de aquí, sólo así podré llegar a mi meta’. ‘¿Así que conoces tu meta?’, preguntó. ‘Sí’, respondí, ‘acabo de decirlo, Lejos-de-aquí, ésa es mi meta’...”

Esto lo escribía Kafka hacia mediados de 1922, fechas por las que estaba trabajando en *El castillo*. Cuando en septiembre de 1923 el escritor se va de Praga y se instala en Berlín se puede decir, no que haya alcanzado su meta, pero sí que ha empezado a estar “Lejos-de-aquí”. Kafka llegó a Berlín el 23 de septiembre de 1923 y se instaló en el piso que le había encontrado Dora Diamant, la cual al principio siguió pernoctando en el orfanato de Charlottenburg al que estaba acogida, pero no tardó en irse a vivir con él. Durante las primeras semanas de permanencia en la capital alemana Kafka ocultó la existencia de Dora Diamant tanto a su familia como a sus amigos (como se comprueba, por ejemplo, en las últimas cartas que le escribió a Milena). Se trataba de un asunto que había llevado en secreto. A la hora de marcharse de Praga no le había hablado a nadie de ella, y fue, cómo no, a Max Brod a quien primero le reveló su existencia, en una carta que le escribió el 25 de octubre.

A pesar de las estrecheces materiales, la vida de la pareja transcurría felizmente. Al principio parece que Kafka pasó por algunas dificultades. “Lo peor es que en los últimos días los fantasmas de la noche me han lo-

calizado y me vuelven a acosar” (carta a Max Brod, 16 de octubre). Pero cuando dos meses después Brod fue a verlo se encontró con un cuadro idílico, como él mismo describió. “Me he escabullido de los demonios”, le comentó Kafka, “el haber venido a Berlín ha sido magnífico; ahora me buscan [los demonios], pero no me encuentran, al menos por el momento”.

Hacia 1950 Dora Diamant le dijo a Felix Weltsch: “Haber vivido un solo día con Franz significa más que todos sus trabajos, todos sus escritos”. Estar con Kafka era “como vivir en el Paraíso”. En un cuaderno de Dora Diamant, entre fervorosas anotaciones, hay una bastante sugerente: “*Con Kafka no hay exageración posible*”. En aquella época la imagen de Kafka se había idealizado y mitificado en su recuerdo, pero no cabe duda de que, por corto que fuera el tiempo que pasó junto a él, la convivencia con el escritor marcó profundamente su vida.

Volviendo a 1923, al empezar el invierno llegó la carestía y la salud de Kafka empeoró, lo que lo obligó a guardar cama durante varias semanas. En una carta que le escribió a su hermana Ottilie le decía: “Cocinar es muy fácil, para Año Nuevo ya no nos quedaba alcohol, y a pesar de eso casi me quemé durante la comida; la había calentado con cabos de vela”. Hay una noticia de esta última época de su vida que permite imaginar ciertos aspectos de su relación con Dora Diamant. No cabe duda de que en esta relación la parte de la pasión, de la admiración y de lo tenido por más propio del amor corría a cargo de ella, mientras que en él los sentimientos hacia ella debían de estar dominados, más que por la pasión, por la compasión, y ésta, en cierto modo, debía de contener altas dosis de extrañeza y también de agradecimiento. Extrañeza y agradecimiento por el simple y maravilloso hecho de que ella estuviera a su lado.

Se trataría de algo parecido a lo que él sintió una vez, cuando un médico fue a visitarlo. Este médico se llamaba Ludwíg Nelken y era ami-



Marc Chagall: *Sobre la ciudad*.

go de Dora Diamant, de quien había recibido una llamada telefónica pidiéndole ayuda. Nelken se dirigió al último lugar en el que Kafka y Dora Diamant estuvieron viviendo en Berlín, ya en el año 1924, un cuarto en la Heidestrasse, en Zehlendorf, sabiendo que no tenían dinero para pagarle. Al llegar, encontró a Kafka “apoyado en el alféizar de la ventana con una amistosa sonrisa, casi como si se compadeciera de mí y quisiera decir: ‘¿Por qué pierdes tu tiempo y tu talento conmigo, joven? No hay esperanza, a mí ya no se me puede ayudar’...”

Una sonrisa parecida podemos imaginar en el semblante de Kafka cuando su mirada se dirigía hacia Dora Diamant. Una sonrisa que diría lo mismo, pero con mucha más intensidad, de una forma estremecedora y emocionante.

Como toda relación en la que hay algo verdadero, se puede considerar la que ella y él tuvieron durante diez meses como un *milagro*. ¿Un milagro?, ¿nada menos que un milagro? Bueno, pues sí. La coincidencia, la compenetración, el encuentro de dos personas, dos fugaces existencias, ante las que de pronto aparece algo así como una posibilidad, un horizonte de vida, que no es para ninguno de los dos, sino para los dos juntos. ¿El milagro? Una posibilidad que ella describiría con las palabras que correspondieran a su forma de entenderla, y a la que él, en su mundo particular, quizá habría aludido con un imposible *Lejos-de-aquí*. El milagro, puede ser. En el *Lejos-de-aquí* hacia el que cabalga el señor, Dora Diamant vino a desempeñar una destacada función. Estamos completamente de acuerdo con lo que dice Peter Mailloux: “*si el propio Kafka la hubiese creado, Dora no*

*le hubiese podido venir mejor*”.

En Berlín, Kafka escribió unas cuantas narraciones, algunas de las cuales llegaron a publicarse en vida del escritor, mientras que otras quedaron incompletas. En ninguna de ellas aparece una figura femenina que haga pensar en Dora Diamant. Si las cartas que le escribió se hubieran conservado, podríamos saber algo de lo que no sabemos, al menos en parte, una ínfima parte de lo que Dora Diamant representaba para Kafka. Pero ella se negó siempre a publicar esas cartas (treinta y cinco en total, por lo visto), que finalmente fueron confiscadas por la Gestapo, en 1933, durante un registro en la casa donde Dora Diamant vivía en aquella época (se casó con un judío alemán, llamado Lutz Lask, militante comunista). En ese registro fueron confiscados otros manuscritos de Kafka que Dora Diamant conservaba, algunos de ellos, probablemente, pertenecientes al diario íntimo del escritor. Por otra parte, otros escritos de Kafka desaparecieron en Berlín, por propia voluntad del autor. No se ha conservado, pues, ningún escrito de Kafka en el que éste hable de ella, la única mujer con la que llegó a convivir y a tener una relación estable, y que por lo tanto tan importante papel representó en su vida.

Hay, sin embargo, una obra de ficción. Una de las narraciones que Kafka escribió en aquel tiempo. Este aspecto tan importante de su vida, la íntima convivencia con otra persona tenía que reflejarse de algún modo en su escritura, y fue en un relato titulado *La construcción* donde con más claridad, más intensidad y más dramatismo lo hizo. Tal como intentaremos explicar en el próximo artículo.

## El relato experimental de Miguel Ángel Cuesta

Ediciones Soubriet presenta el jueves 24 de julio en el Casino de San Fernando *Mundodibú*, una original y divertida obra

### EL PERIÓDICO

El jueves 24 de julio a partir de las nueve de la noche el salón de actos del Casino San Fernando, en la Plaza de España de Tomelloso, acoge la presentación de *Mundodibú*. *El relato experimental*, una obra original y cargada de fina ironía que supone la primera novela de Miguel Ángel Cuesta Jiménez.

El libro, publicado por Ediciones Soubriet, está integrado por una serie de capítulos en los que un Miguel Ángel Cuesta sin tapujos y sin pelos en la lengua crítica y comenta las muchas cosas absurdas con las que se topa. Eso sí, lo hace desde la voz de una triste hiena, un dibujo animado pre-jubilado que sin pelos en la lengua analiza situaciones de su mundo - Mundodibú- con el fin de que unos supuestos científicos comprueben que las situaciones absurdas y en ocasiones abusivas que sufren los dibujos animados también se producen en el mundo de los humanos.

De este modo, la hiena pesimista a la que da vida Miguel Ángel Cuesta aborda el precio de la vivienda y cuantos viven al calor del ladrillo, el trabajo de algunos funcionarios, el reciclaje, la burocracia y tantos y tantos asuntos cargados de contradicciones a las que los ciudadanos -animados o humanos- han de enfrentarse cada día. Unas contradicciones que, con un estilo rápido y ameno, el autor pone de manifiesto en unas páginas repletas de humor y de inteligente narrativa.

En la presentación de *Mundodibú*, además del autor y del editor, Jaime Quevedo Soubriet, intervendrá Marta Somoza Rodrigo.